

Moreno, Doris, *Casiodoro de Reina. Libertad y tolerancia en la Europa del siglo XVI*, Sevilla, Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces, Junta de Andalucía, 2017, 262 págs., ISBN: 978-84-944564-5-9.

No es preciso decir que, entre los huidos de la Inquisición “española” en tiempos recios de ortodoxia, como lo fueron los de los años cincuenta del siglo XVI, seguramente el más insigne fue Casiodoro de Reina (h. 1520-1594). Y no solamente por su historia de disidencia religiosa, también por la prestancia que tuvo en la historia del español con su Biblia, usada y reimpresa fuera, perseguida e ignorada por los de dentro —en los que él pensaba— en su traducción hermosa. La autora, en este aspecto, lo iguala con Lutero.

Doris Moreno, historiadora bien conocida de la Inquisición, de las heterodoxias, ofrece los logros de una investigación, nada fácil, sobre quien se convirtió en referencia de los autoexiliados por la causa más decisiva entonces, la religiosa. Y, ciertamente, la lectura de este libro, a la vez que grata, resulta informadora para los interesados en la historia de aquel tiempo, de aquellos problemas, de aquellas realidades tan vivas en sociedades sacralizadas como eran las del siglo XVI.

La estructura del libro es singular y puede desconcertar a quien se adentre en él esperando una biografía estricta y rigurosa, que lo son, por supuesto, estas páginas y se encuentre con que, a la vez que la secuencia biográfica, la autora introduce la creación de su fantasía. Es una imaginación, eso sí, sensiblemente histórica, sin lugar al anacronismo, muy bien escrita (confiesa la autora su pasión por este género), y que presenta los sentimientos, el interior, los silencios documentales, como puerta para la narración de cada una de las cuatro partes en que se traza esta vida de Casiodoro de Reina.

Una vida mejor documentada en su agitación posterior, fuera de España, que en su tramo anterior, lleno de incertidumbres. No se conocen con exactitud ni la fecha (hacia 1520) ni el lugar del nacimiento de este insigne extremeño-andaluz que se sintió “hispalense”, y el de Doris Moreno es un esfuerzo investigador, muy apreciable, por lograr claridades nada fáciles. Tampoco puede seguirse en sus detalles el proceso de su formación, que hay que suponer bien fundada por sus frutos posteriores. La otra familia de fray Casiodoro de Reina fue la de la orden religiosa de los jerónimos, pero de los jerónimos de una reforma (la de los “Isidros”) de rigores más que de estudios (estaba prohibida la adquisición de grados universitarios), sin exigencias de limpieza de sangre, que contaba en España con unos siete conventos, cuyas peculiaridades expone con claridad la autora. Lo cierto es que de allí salieron frailes (o monjes) con un nivel cultural extraordinario que demostrarían en el exilio.

Se ve en el libro cómo el ambiente “luterano”, animado por los libros, por las conversaciones, por los sermones, por hojas volanderas, penetró en ciertos sectores sevillanos, clericales sobre todo, y tuvo una presencia muy activa en el monasterio cercano de los jerónimos de San Isidoro del Campo (cerca de Sevilla). Hay que agradecer a Doris Moreno el interés por describir este reducto, no solo en su espiritua-

lidad, si es que la orden tenía una espiritualidad propia, sino también en elementos tan actuantes en la vida conventual como era el recinto, el edificio. Buena parte de la comunidad tuvo que huir cuando se desencadenó el acoso de la Inquisición, con un inquisidor general que, por cierto, era el arzobispo de Sevilla pero que andaba por la Corte, por Valladolid, a la caza de herejes castellanos (y, ya de paso, la de su rival Carranza). Entre los huidos se encontraban Cipriano de Valera, Antonio del Corro, por supuesto Casiodoro de Reina, que da la sensación de haber sido el más significado.

Doris Moreno se plantea la pregunta que se hacen los historiadores de aquellas “heterodoxias” y de los autos de fe: ¿eran protestantes, luteranos, aquellos quemados o huidos, o eran erasmistas, espirituales, alumbrados? Y la autora, frente a calificativos radicales de otros, fijándose en las personas “de carne y hueso”, se inclina por una “calificación” más comprensiva: “el análisis de las actas inquisitoriales nos permite apreciar ritmos, matices, progresos y retrocesos, alegrías, dudas y miedos diferentes según las personas, los lugares y los avances de la represión inquisitorial” (p. 81).

Y la huida, las huidas, son trazadas con maestría y contempladas como la clave fundamental de interpretación de la vida de Casiodoro desde la fuga del convento. Parece muy certera esta interpretación: aquellos fugados de Sevilla (y no fueron los únicos) anduvieron por naciones y comunidades protestantes de Europa sin una identidad definida y, por lo general, no bien vistos ni aceptados por todos, obligando a la siguiente peregrinación en busca de hogares propicios (y ariscos a veces). El de Casiodoro de Reina fue un caso, además de eximio, elocuente y ejemplar.

La primera huida le llevó a Ginebra, a fines de 1557, seguramente con la esperanza de poder pastorear a la comunidad de españoles que habían roto con el papado y soñaban con lugares en los que podrían vivir y celebrar su nueva fe con sosiego. Describe de forma magistral Doris Moreno estos sueños de Casiodoro, iluso, que hasta lloraba en el campo en el que fuera quemado Miguel Servet y que aceptaba (al menos no las rechazaba) posturas antitrinitarias, anabaptistas, la Cena de Lutero, y que tenía como ideal el “tolerante” de Castellión. O sea, todo lo inadmisibles para Calvino y para el calvinismo ortodoxo de Ginebra. Así que, al año siguiente, tuvo que emprender una segunda huida, como un éxodo (decían) con sus españoles a Londres.

En Inglaterra halló cierto sosiego, pudo organizar su vida familiar, trabajar en la traducción de la Biblia, posibilidades de una Iglesia de españoles, y se le exigió redactar una “Confesión de fe”, la primera y la más conocida, que, entre otros motivos, avivó las reticencias y hostilidades de las comunidades flamencas, francesas, con acusaciones de comportamientos reprobables. Pesaba también la presión del espionaje español. La pérdida del favor de la reina forzó una segunda huida, esta vez a Amberes (1563), con sus trabajos de traductor de la Biblia. Y a partir de entonces, durante casi diez años, su vida y su quehacer, por los motivos claramente explicados por la autora, fue un peregrinar constante, en estancias más o menos cortas: por Amberes, Montargis, Frankfurt (siempre más propicia pues era la ciudad de su mujer), Heidelberg, Estrasburgo, Basilea, con su Biblia en traducción, con trabajos para su manutención.

Entre estas estancias, si es que muchas de ellas llegaron a estancias, Doris Moreno (como hacen los biógrafos de Casiodoro de Reina), destaca la de Estrasburgo, con la protección de Sturm, y con la impresión (Heidelberg, 1567) de las artimañas de la Inquisición: *Sanctae Inquisitionis Hispanicae Artes aliquot detectae*, con repercusión en la opinión, con versiones prontas a otros idiomas y cuya autoría, cuestionada

por otros, Doris Moreno, con fundamento, atribuye a su biografiado. Y fue también decisiva la estancia de Basilea, puesto que, gracias a mecenas amigos y generosos, pudo imprimir y publicar “la primera traducción castellana completa de la Biblia” allí, en 1569: *La Biblia, que es los sacros libros del Viejo y Nuevo Testamento*.

Está más que justificado el espacio generoso y el entusiasmo que se dedica a esta aportación excepcional de Casiodoro y no sólo en la dimensión religiosa (él la veía como instrumento de combate “contra el reino de Satanás y el anticristo”, que así se personificaba al papismo) sino también por lo que significó para la cultura, de manera muy especial para la lengua castellana. No se detiene, sin embargo, la autora en una comparación minuciosa con el resultado de las variantes que introdujo Cipriano de Valera (1602) y en la función que la “Reina-Valera” desempeñaría en el protestantismo posterior en lengua española.

La nueva estancia en Frankfurt supuso cierto sosiego en aquellos años que él diría que fueron tan felices (1571-1578). Perteneciente a la Iglesia calvinista, Casiodoro, con amigos luteranos, con espíritu de tolerancia (véase el subtítulo del libro), de concordia, se dedicó al trabajo de los libros y a la vida familiar fecunda. Siguió escribiendo, comentando algún capítulo de Mateo y el evangelio de Juan. Frankfurt era “su ciudad” a fin de cuentas y a ella retornó después del paso por Londres, de la estancia breve en Amberes, y en ella ejercería, aunque ya hacia el final de su vida, como ministro de la congregación luterana walona (1585-1594).

El libro ofrece al final una bibliografía muy completa así como breves biografías de los personajes que salen al paso del relato. Un relato, hay que repetirlo, que, además de bien escrito, es el fruto de una investigación y de una información muy serias por parte de Doris Moreno, especialista reconocida y maestra en estos temas y sus afines.

Teófanés Egidio López
Universidad de Valladolid
egidoteofanes@gmail.com